

# La base de la pirámide

Ernesto Kritz, Presidente de SEL Consultores, es un experto en temas laborales. Sus estudios e investigaciones, en el 2001 y 2002, inspiraron a quienes pusieron en marcha la Fundación RECIDUOA. Hoy Kritz –convertido generosamente en asesor laboral de la Fundación– nos actualiza cifras y datos que nos obligan a no bajar los brazos.

Cuatro de cada diez desocupados tienen menos de 25 años de edad; su tasa de desempleo más que duplica el promedio de la población económicamente activa. Las cosas no son fáciles para los jóvenes cuando ingresan al mundo del trabajo; en verdad nunca lo han sido.

Los trabajos al alcance de los jóvenes son mayormente precarios y de bajos salarios. Entre los ocupados menores de 25 años la informalidad alcanza a casi 35% (comparado con 31% entre los mayores de 25 años); el 40% realiza tareas no calificadas (vs. 15% entre los mayores de 25); y los salarios en empleos privados no domésticos son poco más de la mitad del promedio del mercado y 30% por debajo del salario mínimo.

En parte por esto, muchos ni siquiera intentan buscar trabajo. Aún en un período de ampliación de las oportunidades, su número ha crecido. En 2003, por cada joven menor de 25 años que

buscaba empleo, había 0,8 al margen del mercado laboral y que tampoco estudiaba; en 2007, esa relación subió a 1,3. Los chicos que no estudian ni trabajan, constituyen el núcleo más problemático y extendido de la marginalidad urbana. Cuando esta condición se prolonga –sobre todo cuando no hay otro horizonte– deriva en una actitud escéptica frente al trabajo y, a continuación, en una destrucción de la autoestima o en una pérdida de contenidos morales en la relación del individuo con la sociedad. Es un dilema más serio que el de los desocupados pues estos últimos, al estar buscando trabajo, muestran algún grado de integración y de aceptación de valores sociales básicos.

Un factor habitualmente reconocido, es que en su mayoría son desertores tempranos del sistema educativo. El 60% ha cursado estudios primarios únicamente, o a lo sumo un par de años de la escuela secundaria. Su escaso capital humano constituye una restricción principal para acceder a las

oportunidades de empleo. Pero lo que todos tienen en común –y que en gran medida explica lo primero– es su origen social: la gran mayoría de estos jóvenes pertenece a hogares en la parte inferior de la escala distributiva; más de la mitad provienen de familias del 20% más pobre y un cuarto más del siguiente 20%.

Los incentivos para buscar trabajo para los jóvenes de los hogares de la parte inferior de la estructura social– no son muchos. Con su escaso capital humano –sea por la insuficiente escolaridad, o por la pobre calidad de la educación recibida– su opción muchas veces no es lo poco que podrían ganar con su muy baja productividad, sino lo que podrían obtener fuera del mercado, incluyendo las actividades ilegales. La mejora de las oportunidades para los jóvenes de la base de la pirámide social, comenzando por el desarrollo de sus competencias laborales, es una condición no suficiente, pero imprescindible, para reducir la preocupante marginalidad juvenil.

Ernesto Kritz,  
Presidente de SEL Consultores